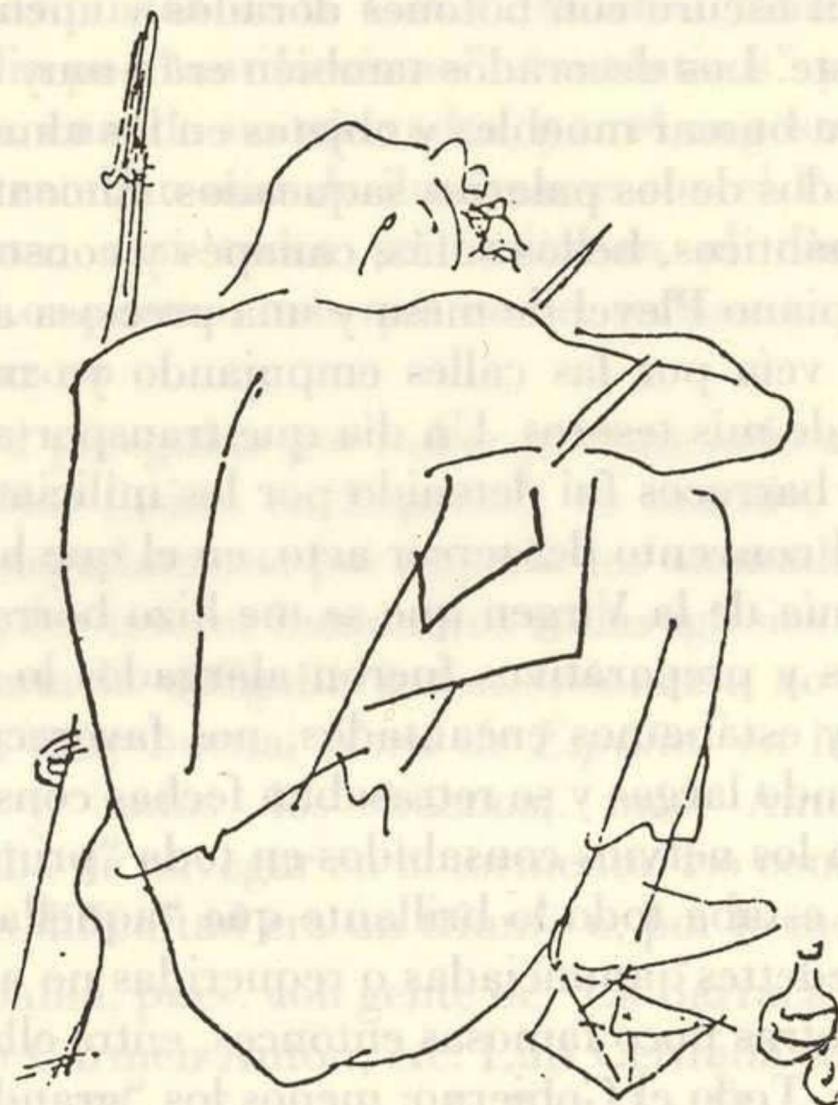


## RECUERDOS DE MANUEL ALTOLAGUIRRE

Stephen Spender



RAMÓN GAYA

En Valencia conocí al poeta Manuel Altolaguirre, que se hizo uno de mis mejores amigos en España. Fui invitado a conocerlo un día por la Jefa de la Oficina de Prensa, una dama a quien todos los corresponsales llamaban “Constanza”, y por su marido, Hidalgo de Cisneros, Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea Republicana. Hidalgo de Cisneros era un hombre flaco, alto, guapo, de perfil quijotesco, vestido de mono azul. En el bar del hotel donde charlábamos antes de pasar a comer, había, delante de nosotros, un mapa de España. De repente, señalando con el dedo un lugar en las montañas de Asturias que estaba impreso en un color casi negro, declaró: “Aun cuando nos llegaran a vencer, siempre seguiremos luchando *ahí*”.

Su primo era Manuel Altolaguirre. Este me preguntó cómo había pasado la mañana, y le dije que había recorrido las librerías en busca de una edición de Shakespeare. “Ah, sí”, me dijo. “Pues yo tengo una edición de Shakespeare en casa que te quisiera mostrar.” Se fue y, veinte minutos más tarde, regresó, su cara ancha y bondadosa cubierta de sudor. Llevaba consigo los once tomos de la edición de Shakespeare preparada por Samuel Johnson, que Bell había pu-

blicado en 1786. Insistió en regalármelos. Cuando intenté rechazar el regalo, me hizo ver que el primer tomo ya llevaba una dedicatoria, cuya lectura me sigue llenando de orgullo: “*A mi querido camarada Spender con profunda gratitud por su visita a España*”.

Este almuerzo, celebrado en el comedor del hotel, entre tantos periodistas, me daba una sensación de absoluto; cosa que me pasaba a veces en España, al sentirme arrancado de todo cuanto yo conocía, y transportado a horas y días que eran completamente españoles. Como, por ejemplo, cuando, camino a Madrid, subí a un camión en que viajaban doce soldados españoles. Puesto que tenía algo de chocolate, le di una tableta al soldado que estaba a mi lado; después de hacer un rápido cálculo mental, éste la dividió en seis porciones exactamente iguales y le dio una a cada uno de sus camaradas. Toda la noche nos quedamos acostados en el piso del camión, esperando el momento en que el siguiente bache en el camino nos fuera a martillar la espina, al pasar por encima de él las ruedas traseras. Cada uno de esos martilleos provocaba un aplauso en los soldados. Y así, de una manera misteriosa, como con sus capas, me fueron envolviendo en su mundo. La mayoría de ellos eran campesinos sin afeitar, pero también había un joven oficial, elegante y alegre, cuya sonrisa parecía de otro siglo. O también ese día cuando me senté en la parte de adelante de un camión, junto al chófer y su ayudante, uno de los cuales, a intervalos de una hora más o menos, simplemente gritaba en voz alta: “¡A Tarragona!”, haciendo alusión a una

broma de la cual yo no sabía nada, pero que a ellos les hacía reírse a carcajadas. O también las noches de un frío intenso, cuando viajaba en coche a Madrid y pasaba por pueblos que, conforme nos acercábamos a la capital, parecían compartir cada vez más la vida de la gran ciudad. O también las tabernas, donde las comidas consistían en platos de arroz muy elaborados, o en pedazos de carne o chuletas cocidos directamente sobre un fuego de carbón. En todo esto había siempre la sensación de estar viviendo el momento presente de modo tan dramático que todo lo demás quedaba olvidado, y así uno vivía poseído por el sentimiento de algo exclusivamente español.

Ahora bien, cuando Manuel y sus primos empezaron a hablar, en seguida invocaron un mundo de alegría y de dureza que me resultaba muy extraño. Alguien dijo: “¡Felicidades por la muerte de todos tus parientes reaccionarios en Málaga, Manuel!” Manuel se rió y contestó: “Aunque, ahora que están muertos, empiezo a extrañarlos un poco”. “¡Pero si eran fascistas y reaccionarios terribles!” “Hay algo casi femenino en Manuel”, dijo Cisneros, “que hace que los extrañe”. “Pero algunos de ellos hacían cosas divertidas.” “¿Qué?” “Por ejemplo, tenía un tío que se murió de pena porque no podía criar un toro de ojos verdes.” “Pero te crió a ti, que es mucho más sorprendente.” “Se murió de pena, lo que demuestra una gran sensibilidad. Tenía otro pariente malagueño que se bajó de su carro para seguir los pasos de una perdiz y caminó tras ella durante tres días por toda la sierra.” “Pero los más divertidos eran los del siglo XVIII.” “¿Os conté

alguna vez los funerales de mi tío, el general? Era un general muy importante y cuando murió, toda la aristocracia malagueña asistió a los funerales. El cadáver estaba expuesto en el ataúd, y alrededor de él, en la sala principal de la casa de mi tío, estaba reunida la familia. Mi tía estaba arrodillada enfrente del ataúd. Llevaba puestos unos pañales, como si fuera un enorme bebé, sólo que los pañales eran negros. Lo primero que pasó fue que, al ponerse ella en pie, se oyó un silencio tremendo, perceptible hasta en una sala, como ésta, completamente silenciosa. Luego, cuando se alejó de donde había estado arrodillada, se vio que sus calzones habían quedado ahí en el suelo, como si ella siguiera rezando. Desde luego, no levanté la vista, pues ninguno de nosotros nos atrevimos a mirarnos a la cara. La siguiente cosa que noté fue que todas las hormigas de Málaga estaban desfilando por la sala: entrando desde un rincón, atravesaban el piso, subían por una pata de la mesa, entraban por un extremo del ataúd de mi tío, para luego salir del otro extremo, y luego bajaban por la otra pata de la mesa, atravesaban el piso y salían por el rincón de la sala opuesto a aquel por donde entraban, cada hormiga llevando en su diminuta mandíbula un pequeñísimo pedazo de mi tío.”

La presencia de Manuel Altolaguirre durante el Congreso de Escritores era un alivio para mí. Se había contagiado un poco, como casi todo el mundo, de la histeria reinante, pero de una manera que a mí me resultaba simpática. Un día, cuando Alberti estaba declamando uno de sus romances

socio-realistas, le pregunté a Altolaguirre si le gustaba el poema. “No”, me contestó. “¿Por qué?” “¡Porque quien debería estar recitando soy yo, yo, yo!”, respondió con pasión, dándose golpes en el pecho.

Cuando llegamos a Barcelona, fue acordado que algunos de los delegados españoles nos acompañarían hasta París, para participar ahí en una reunión. Altolaguirre, cuya esposa e hija estaban en Francia, solicitó autorización para acompañarnos. Las autoridades le entrevistaron, junto con otros que habían hecho la misma solicitud. Todos los demás escritores dijeron que les dolería abandonar España, pero que creían que servirían la causa mejor si, separándose de la República durante unos días, fueran a dar unos discursos a París. Cuando le preguntaron a Altolaguirre por qué quería ir, les dijo: “Porque mi esposa Concha y mi hija Paloma están en Francia”. No le dieron permiso. Más tarde, después de una de las reuniones del Congreso, varios de sus amigos le preguntaron: “¿Por qué les dijiste lo de tu mujer y de tu niña?” “Porque es verdad, están en Francia”, contestó. “Sí, pero ¿por qué no inventaste otra razón más patriótica para dejar el país?” “¡No! ¡No! ¡No!”, gritó, alejándose de ellos. Como queriendo disculparlo, me explicaron que Manolo, en realidad, era un niño.

Durante uno de nuestros viajes de Valencia a Barcelona, noté que [Altolaguirre] no tenía maleta, sólo una pequeña cartera. Cuando nos paramos en un pueblo, abrió la cartera y vi que sólo traía dentro dos libros de poemas, ambos míos. “¿Quieres dedi-

cármelos?”, me dijo. “Me costó mucho trabajo conseguirlos.” Después de hacerlo, le pregunté: “Pero, ¿dónde está el resto de tu equipaje?” “Es casi todo lo que tengo.” “¿Cómo?” “Es que en un bombardeo perdí todo menos mi traje de etiqueta, un sombrero de copa y lo que llevo puesto.” “Pero ¿por qué nunca me dijiste que habías estado en un bombardeo?” Riendo, contestó: “De hecho, no se lo he contado a nadie. Me daba tanta vergüenza.” “¿Qué te pasó?” “Encima de la ventana de mi cuarto había un gablete. Un día, estaba mirando por la ventana de mi cuarto, cuando de repente la paloma de estuco bajó del gablete y, emitiendo unos arrullos muy fuertes, dio vueltas enfrente de mi ventana. Luego todo lo que había en el cuarto quedó destruido. A mí no me pasó nada. Y eso es todo.” “¿Y qué hiciste entonces?” “Bueno, ahora entenderás por qué me da vergüenza contarle a nadie lo del bombardeo. En seguida me acordé que la Casa de la Cultura tenía un fondo para ayudar a los intelectuales que hubieran sufrido daños a raíz de la guerra. Creyéndome digno de tal ayuda, me dirigí inmediatamente a sus oficinas. Pero debo explicar que justo debajo de mi cuarto vivía otro poeta con su mujer y sus diez hijos. Cuando llegué a la oficina, este poeta, su mujer y sus diez hijos estaban allí, sentados en doce sillas. Cada uno de ellos, desde el padre y la madre hasta el niño más pequeño, traía una venda en la pierna, en el brazo, en una mano o en la cabeza. Fue tanta la vergüenza que sentí, que me retiré en silencio. Y es por eso que eres la primera persona a quien se lo he contado.”



Cuando la caída de España, oí que Altolaguirre formó parte de la gran muchedumbre de refugiados que cruzaron la frontera con Francia. Para llevar consigo toda la ropa que le quedaba, se había puesto, por encima de la demás ropa, el traje de etiqueta que había sobrevivido el bombardeo; y también llevaba puesto su sombrero de copa. Iba en un coche, pero pronto cedió su asiento a una anciana y atravesó la frontera a pie, junto con la muchedumbre. Cuando llegaron al campamento para refugiados, los campesinos se indignaron al ver esta extraña y robusta figura. Cercándole, le gritaron: “¡Aristócrata!” y “¡Fascista!” De repente, Altolaguirre se enfureció, se quitó toda la ropa y la tiró al suelo. Desnudo, lo llevaron al hospital.

Esta historia, que cuento tal como la oí, la incluyo porque de alguna manera me parece simbolizar el fin de una época individualista.

*World within world* (Los Ángeles, University of California Press, 1966), pp. 231-3, 246, 262-3.

(Traducción de James Valender)